

EL MAR DE LOMÉ

(Y SAIDÚ)

Lomé nació en Kabala, la zona de Sierra Leona que hace frontera con Guinea hacía tan solo diez años, aunque a él esa década le pareciera una eternidad.

En un país donde la esperanza de vida media para los hombres no llega a los cuarenta años, casi no hay tiempo para la infancia, y Lomé apenas la tuvo.

Siendo el séptimo de ocho hermanos y habiendo pasado ya seis veces por la misma situación, la madre de Lomé no pudo sino resignarse cuando la guerrilla autodenominada “libertadora” reclutó a Lomé sin que este hubiese tenido tiempo de disfrutar de su niñez.

Dos o tres veces al año los escuadrones de reclutamiento escrutaban pueblos y aldeas en busca de soldados que alistar a su causa, y a falta de hombres, eran niños los que se veían forzados a abandonar sus hogares mientras asistían impotentes a las violaciones que los soldados cometían con sus madres en busca de embarazos que propiciarán futuros guerrilleros.

Lomé recordaba con cierta nostalgia la última imagen que tenía de su madre mientras se alejaba en un camión repleto de niños cuya infancia concluía en ese preciso instante. Su madre con su pequeño hermano en brazos se introducía lentamente en la choza que había sido su hogar, después de haber sido vejada por varios de los hombres que ahora conducían el camión en el que se desplazaban.

El trayecto en camión por la sabana duró casi tres días hasta llegar a Kamakwie en los que únicamente fueron alimentados con arroz crudo y algo de agua turbia.

Al llegar se detuvieron frente a un gran edificio de paredes blancas en las cuales se podían apreciar varios agujeros producidos por impactos de bala.

Antes de que estallara la guerra civil en 1990 ese edificio albergaba los comisionados de toda la zona norte del país. Y antes de la independencia de Sierra Leona dejando de ser colonia del Reino Unido en 1961, dicho edificio servía como consulado a varios países europeos.

Sin embargo hoy día las plantas superiores se empleaban como improvisado hospital, y las inferiores como residencia esporádica para guerrilleros que esperaban destino o niños que realizaban la escueta formación que les convirtiera en soldados.

Al tener un hospital en las plantas altas se garantizaban no ser bombardeados en caso de que algún país con poder militar se aliara con el actual gobierno, aunque eso resultaba poco probable.

En el interior del edificio los niños fueron conducidos hasta una gran habitación con mantas sobre el suelo que hacían las veces de cama.

Un joven de poco más de veinte años les relegó en aquel lugar en espera de que al día siguiente comenzara su formación, y repartió entre ellos unos dátiles con algo de pan rancio.

Lomé recogió su porción con temor para más tarde buscar un rincón aparentemente tranquilo y torpemente iluminado por la escasa luz que entraba a través de un ventanal agujereado.

Buscó entre los pliegues que dejaba su pantalón a altura de la cintura, y con precaución extrajo de un papel que daba la impresión de haber sido doblado y desplegado un millón de veces.

Los extendió una vez más y lo depositó con delicadeza entre sus piernas mientras roía con fiereza el trozo de pan que debía tener no menos de cinco semanas a juzgar por el moho que cubría los laterales por entero.

El papel en realidad era la página de alguna revista. A media página en la parte superior se veía una colorida fotografía de una playa con un extenso mar perdiéndose en el horizonte.

La playa de arena clara y aparentemente suave estaba poblada por cientos de personas que parecían divertirse jugando con balones de plástico o disfrutando de placer que otorga el descanso, tumbados sobre toallas perfectamente alineadas donde la marea no lograba alcanzarlas.

El mar que coronaba la fotografía era del mas puro azul que sus añados ojos hubiesen contemplado jamás, y emitía localizados brillos producidos por los reflejos que los rayos del poderoso sol emitía sobre las aguas.

Agudizando la vista se podía apreciar a lo lejos una embarcación de color blanco que cruzaba la imagen de derecha a izquierda a juzgar por su posición.

Bajo la fotografía aparecía hasta el pie de página varios párrafos de una letra incomprensible para Lomé. El idioma natural del pueblo de Lome era el Krio, lengua fruto de varios idiomas como el inglés, el temné y el mendé. Pero aunque hubiese estado escrito en alguno de esos idiomas no le hubiera servido de mucho, en Sierra Leona el baremo de alfabetización estaba por debajo del 36%, y Lomé no había tenido la fortuna de entrar en ese bajo porcentaje, no sabía escribir ni leer, y apenar acertaba a reconocer su nombre escrito.

De todos modos lo que realmente amaba y le maravillaba era ese mar de aguas azules con el sol reflejándose sobre ellas, y por mucho que le quisieran explicar esas palabras impresas, no superarían la admiración que sentía por esa fotografía.

Un chico de mas o menos su edad se acercó a él y se sentó a su lado mirando la fotografía a la vez que Lomé la agarraba por una esquina por si intentaba arrebatársela.

- Hola, me llamo Saidú. ¿Cómo te llamas?
- Lomé – contestó sin apartar la vista de la fotografía.
- Es muy bonita tu fotografía

Lomé agarró la página aun con mas fuerza.

- Si.
- La gente se lo pasa muy bien – continuó Saidú, que daba la impresión de sentirse tan solo como Lomé y solo buscaba alguien con quien hablar.
- Yo les odio – replicó Lomé con determinación.
- ¿Por qué?
- No hay nadie en el agua. Están junto a un mar, el mar más bonito de todos y ninguno está en el agua.

Si yo estuviera en ese mar, estaría todo el tiempo metido dentro del agua.
- ¿Sabes nadar? – preguntó Saidú asombrado.
- Aprendería.

Saidú sonrió y Lomé por primera vez en toda la conversación le miró y le devolvió una sonrisa a la que la poca higiene y la carencia de calcio le habían robado varios dientes.

En pocos días Saidú y Lomé se convirtieron en amigos inseparables, apoyándose el uno en el otro en la dureza extrema a la que les sometían los soldados a fin de convertirles en recios guerrilleros en el menor tiempo posible.

Antes de anochecer, ambos desplegaban la fotografía y juntos soñaban con que un día lograrían llegar al mar y se quedarían allí para siempre, bañándose y comiendo los peces que logaran pescar. Si los ríos tenían peces de gran tamaño, los que habitaran el mar se les antojaban de unas proporciones desmesuradas.

Aprendieron a disparar, a montar y desmontar un fusil, a soportar el hambre y la sed, a obviar el dolor y por supuesto a permanecer fieles a una cusa que a pesar de no comprender, en poco tiempo se convertía en el único motivo de su vida.

Pasados tres meses desde su reclutamiento, Lomé y Saidú fueron trasladados junto con otros cincuenta niños a un acuartelamiento situado cerca de Magburaka, a orillas del río Rokel.

Lomé comprendió que ya eran auténticos miembros de la guerrilla cuando empezaron a ser alimentados con los mismos productos que consumían los soldados.

En su mayoría eran alimentos envasados en botes con los anagramas de la ONU, o diversas ONG, que la guerrilla reclamaba a los pueblos después de que estos lo recibieran como ayuda humanitaria lanzada con paracaídas desde aviones para combatir la extrema hambruna que azotaba las pequeñas aldeas.

Durante las primeras semanas en Magburaka, Lomé y Saidú estaban encargados de vigilar un camino que se adentraba en un pequeño y frondoso bosque a fin de impedir tanto que se acercaran civiles como la desertión de soldados.

Uno de los días en que estaban haciendo guardia en el camino, un joven de no menos de veinte años se acercó a ellos, y Saidú le saludó con la mano al verle acercarse.

- ¿Quién es? – preguntó Lomé
- Se llama Joseph – contestó Saidú sin darle la mayor importancia.
- ¿Y a qué viene?
- Es una sorpresa – replicó de nuevo sonriendo.

Joseph llegó hasta ellos y se sentó entre los dos con gesto amistoso.

- Joseph sabe leer y escribir – puntualizó Saidú
- Así es – afirmó

- Puede leer lo que pone bajo la fotografía del mar – reveló un entusiasmado Saidú.
- ¿Es eso cierto? – preguntó Lomé con un tono que conjugaba la ilusión con cierta desconfianza.
- Puedo intentarlo.

Lomé extrajo del pliegue de su pantalón la página y se la cedió con recelo a Joseph, que la extendió y observó con ojos iluminados.

Lomé y Saidú contemplaban con incertidumbre a Joseph que parecía comprender lo que estaba escrito, a juzgar por como paseaba su mirada entre las frases impresas.

- ¿Pero qué pone? – preguntó Lomé totalmente exaltado.

Joseph le miró sonriendo, y la certeza de que lo había sabido leer se instaló en Lomé.

- Es un complejo turístico de lujo – dictaminó Joseph
- ¿Se llama así?
- Eso es lo que pone aquí, está escrito en inglés y hacía muchos años que no leía algo tan largo – confesó con tristeza.
- ¿Qué más dice? – preguntó un inquisitivo e intrigado Lomé.
- Dice que la estancia incluye traslados en catamarán, desayuno comida y cena, barra libre y todos los lujos posibles.
- ¿Qué es un catamarán? – preguntó Saidú
- ¿Y una barra libre? – añadió Lomé
- No lo se. Yo solo os digo lo que pone, aunque muchas palabras no se lo que son. En la parte de abajo salen muchos números y tampoco se lo que significan.

Lo siento.

- No pasa nada Joseph. Gracias. – dijo un sonriente Saidú
- Complejo turístico de lujo – recitó Lomé mirando al cielo mientras apoyaba ambas manos sobre su fusil.

Joseph le devolvió la página, y Lomé plegándola, la volvió a guardar rápidamente bajo su pantalón. Después se levantó y regresó al campamento dejando a Lomé y Saidú en su puesto de vigilancia con una esbelta sonrisa establecida en sus rostros.

Pasado un mes desde la revelación de Joseph, Lomé y su inseparable amigo Saidú fueron relevados del puesto de vigilancia y trasladados al río Rokel donde se estaba construyendo un puente que facilitara el paso de la guerrilla a escasos kilómetros del campamento base.

La zona del río donde se estaba construyendo el puente era uno de los pocos tramos donde la claridad del agua permitía divisar si se acercaba uno de los múltiples cocodrilos que poblaban el río en las partes que no eran ocupadas por los hipopótamos, que eran los auténticos amos de las aguas.

Mas de un centenar de niños y jóvenes trabajaban ensamblando lo que sería el esqueleto del puente con largos travesaños de madera unidos con ramales y anclados bajo el agua mediante juncos transversales.

Para entonces Lomé ya había cumplido once años, aunque él no lo sabía. El tiempo se convertía en algo totalmente intrascendente en su situación.

Tanto Lomé como Saidú fueron confinados a la parte inferior del puente, donde sumergidos hasta la cintura, amarraban los juncos que ejercían como tirantes entre los pilares que surgían desde el río hasta la base que se emplearía como puente.

Desde la parte superior del mismo, casi una veintena de hombres vigilaba con el fusil en ristre, que ningún cocodrilo se acercara, aunque bien era cierto que hacía mucho tiempo que no se producía el ataque a un ser humano en aquel río.

Lomé se aferró a unas maderas que estaban colocadas a mitad de altura sujetando los juncos que Saidú ataba por debajo del nivel del agua un par de metros bajo él.

- ¿Siempre seremos soldados? – pregunto Saidú a Lomé.
- No. Algún día nos marcharemos cuando nadie nos vea. Correremos y no pararemos hasta llegar a la capital Freetown.
- ¿Por qué ahí?
- Porque es la capital del país y los que han estado allí dicen que está el mar. Incluso puede que sea allí donde esté el mar de mi fotografía. El mar de mis sueños.
- El mar de Lomé – dijo su amigo sonriéndole.
- Tú vas a venir conmigo. Será el mar de Lomé y Saidú – contestó Lomé

Aunque ya contaba con ello, a Saidú oír a su amigo decir eso le llenó de orgullo, y en su rostro se reflejó toda la amistad y el cariño prácticamente fraternal que sentía por su inseparable amigo Lomé.

Dejó de atar los juncos y dando un salto hacia atrás comenzó a saltar en el agua mientras chapoteaba con las dos manos riendo sin cesar.

- ¡Mirarme!, ¡Mirarme!, ¡Estoy en el mar de Lomé!, ¡En el mar de Saidú y Lomé!
– canturreaba.

Muchos de los trabajadores del puente dejaron su labor para deleitarse contemplando a Saidú, cantando y chapoteando como si de un espectáculo musical se tratase.

Saidú era un niño gracioso al que la guerra no le había conseguido arrancar todo el espíritu infantil propio de su edad, siempre con una sonrisa enmarcando sus labios y una palabra de ánimo para cualquier decaído. Verle saltando y cantando en el río provocaba las carcajadas de todos los improvisados espectadores de la aun más improvisada actuación.

Las carcajadas de Lomé podían escucharse en la distancia viendo como su amigo bailaba bajo él.

En cuestión de segundos las carcajadas se tornaron en agónicos gritos cuando la expresión del rostro de Saidú mostró un dolor desproporcionada.

De entre las aguas surgió un enorme cocodrilo que tenía a Saidú atrapado entre sus fauces, y lo agitaba a una velocidad extraordinaria.

En un instante el cuerpo de Saidú parecía un muñeco roto, recibiendo las dentelladas del cocodrilo mientras los despistados vigilantes comenzaban a disparar al reptil, que al recibir alguno de los disparos se sumergió y desapareció llevándose el desmadejado cuerpo de Saidú, del que solo quedó una pequeña estela sanguinolenta que en breve se difuminó con el agua hasta desaparecer por completo.

Lomé seguía aferrado al travesaño de madera en el que se encontraba con la mirada perdida en las aguas por las que había desaparecido Saidú, que en menos de un par de minutos había pasado de soñar con viajar al mar con su inseparable amigo, a ser devorado posiblemente sin llegar a ser consciente de lo que sucedía.

Aquella noche fue la primera en mucho tiempo en la que Lomé contemplaba la fotografía del mar en solitario. Durante unos segundos se imaginó a él mismo

bañándose en ese mar junto a Saidú. Los dos nadaban, jugaban y reían mientras el resto de ocupantes de la playa no se adentraban junto a ellos y se limitaban a mirarles con gesto de felicidad.

Después las aguas se oscurecían y Saidú desaparecía bajo ellas con Lomé hundido en la impotencia gritando su nombre. El silencio se apoderaba del mar y al volverse hacia la playa, las caras sonrientes ahora lloraban con rostros tan desconsolados como el suyo. A partir de ese día la vida de Lomé cambió por completo sin que él mismo fuera consciente de la transformación.

Tras el incidente del río, Lomé fue relevado y volvió a los caminos donde fue adquiriendo una excelente puntería con su rifle, convirtiéndose en el terror de aquellos que intentaban cruzar los caminos vigilados por la guerrilla “libertadora”.

De los caminos pasó a sumarse al grupo de soldados que puntualmente cada mes recorrían los poblados reclutando niños y saqueando los alimentos que recibían de diversas organizaciones de ayuda humanitaria.

Saidú, su llorado amigo, era el último resquicio de infancia que le acompañaba, y al fallecer desaparecía con él, el niño que una vez fue y que ahora solo era un lejano recuerdo.

Mediado el mes de octubre las puntuales lluvias se establecieron en la ribera del río Rokel, y los mandos de la guerrilla decidieron establecer un nuevo campamento base en Lunsar a escasos cien kilómetros de Freetown.

Al recibir la noticia y ser uno de los elegidos para establecerse en Lunsar, los negros ojos de Lomé volvieron a adquirir el iluminado brillo de la ilusión.

En aquel lugar, su antiguo sueño estaría mucho mas cerca de ser alcanzado. Freetown, el puerto, el mar, el mar de Lomé.

Seguramente en aquel lugar también estaría encargado de vigilar alguno de los caminos adyacentes al campamento, incluso en ocasiones lo haría él solo, y sería entonces el momento idóneo para huir en busca del mar que sin conocer tanto amaba.

Durante los dos primeros meses se encargaron de levantar el campamento, desalojando para ello varias de las casas que lindaban con Lunsar, además de localizar poblados próximos con los que seguir abasteciéndose.

Lunsar estaba básicamente poblado por campesinos ancianos que no pudieron oponerse a la invasión, y en breve tiempo la localidad fue controlada totalmente por la guerrilla.

Tras la ocupación y tal y como vaticinaba Lomé, él y otro niño recién reclutado fueron destinados a vigilar la carretera que se adentraba en Lunsar por la zona sur. La misma carretera que conducía a Freetown.

Lomé y su nuevo compañero se apostaron junto a un ventanal en el último edificio del pueblo, y ante la aparente tranquilidad del momento, extrajo su fotografía del mar y la colocó sobre el marco de la ventana.

- ¿Qué es? – preguntó su infantil acompañante.
- Es el.....

Un disparo interrumpió a Lomé, a la vez que el niño que le acompañaba caía inerte al suelo con un enorme agujero en el pecho.

Lomé cogió su fusil y apoyándose en la ventana apuntó al exterior. De entre la maleza observó un reflejo que sin duda provenía del cañón que les había disparado.

Sujetó el fusil con firmeza y de un solo disparo logró abatir al tirador que resultaba ser un anciano vecino de Lunsar al que Lomé había visto varias veces cerca del campamento.

Se reincorporó y observó el cuerpo del niño muerto junto a él, y a escasos metros la fotografía del mar que por la tensión del momento había dejado caer al suelo.

La recogió y paseó su mirada una y otra vez entre la página y el niño muerto. Ese era el momento que había soñado. En ese instante no existía nadie que pudiera informar de su desertión, y para cuando se diesen cuenta ya estaría a varios kilómetros de distancia, ni siquiera se molestarían en buscar a un niño cobarde que huía de la guerrilla.

Con una fuerza que creía perdida salió a la calle y comenzó a correr por la carretera dejando caer el rifle junto al cadáver del anciano que abatía minutos antes desde la ventana.

Durante horas corrió por la carretera dosificando sus fuerzas para recorrer la mayor cantidad de kilómetros posibles, aunque al caer la noche se introdujo en una pequeña cabaña que servía como improvisado refugio para cazadores y humildes ganaderos.

Se apoyó en una esquina, y en cuestión de segundos el cansancio y la tensión vivida en la huida hicieron que cayera en el más profundo de los sueños.

Los primeros rayos solares del amanecer despertaron a Lomé, que inmediatamente salió del cobertizo dispuesto a continuar el camino que le llevaría al mar.

Pero al asomar a la luz del día y mientras sus ojos asimilaban la cegadora potencia del sol, sintió como después de una punzada en su vientre, algo se introdujo a través de sus entrañas haciéndole caer al suelo retorciéndose de dolor.

Cuando sus ojos se acomodaron a la claridad observó como una escuadra de guerrilleros le habían localizado y apuñalado con una bayoneta hiriéndole de muerte.

Dos de ellos bajaron del camión el cuerpo del niño que había muerto a su lado en la ventana, y se lo arrojaron encima al tiempo que le tildaban de asesino y traidor, sin duda creyendo que él era quien le había asesinado para poder desertar sin dejar testigos.

No contentos con la mortal herida infringida, los guerrilleros, algunos de los cuales eran menores que Lomé, le escupían y propinaban patadas al inocente Lomé que poco podía hacer salvo encajar los golpes y humillaciones encogido sobre si mismo mientras la herida no cesaba de sangrar abundantemente.

Cuando ya creía que las fuerzas le abandonaban, uno de los certeros puntapiés le alcanzó la cabeza a la altura de la nuca y Lomé dejó de moverse.

Sin saber cuantas horas habían transcurrido y que es lo que ocurrió en ese tiempo, Lomé abrió lentamente los ojos, y el lugar donde estaba le era completamente desconocido.

Aunque las había visto en los barracones de los mandos superiores era la primera vez que estaba tendido sobre una cama en el interior de una gran tienda de lona completamente blanca con algunas cruces rojas serigrafiadas tanto en los laterales como en el techo.

En el resto de camas paralelas a la suya se encontraban otros niños que descansaban sus heridas, algunas de las cuales eran mutilaciones que resultaban extremadamente dolorosas por el simple hecho de contemplarlas.

Un hombre de alrededor de treinta años, de piel blanca, y pelo largo y moreno se acercó a Lomé cuando observó que este despertaba.

Una vez despierto, el dolor volvió a Lomé en forma de fuertes pinchazos en el interior de su abdomen, y un ardor en los párpados que prácticamente le impedía mantener los ojos abiertos.

El hombre se sentó en la cama junto a él, y le colocó la página del mar sobre las manos.

- Creo que es tuya, te la he guardado.

Lomé observó la fotografía con el mar que cada vez le parecía mas lejano.

- Es una foto preciosa – le dijo el hombre intentando romper la evidente desconfianza de Lomé.
- Es el mar complejo turístico de lujo – contestó con voz apagada después de unos segundos de silencio.
- Lo se – replicó el hombre mostrándose una media sonrisa - ¿Te duele mucho?

Con asombro, Lomé descubrió que su cuerpo le había dejado de doler y una extraña sensación de alivio que jamás había experimentado le invadía lentamente.

El hombre deslizó con suavidad sus dedos sobre la cálida mejilla de Lomé, que mantenía la mirada sobre el mar de su fotografía.

- Descansa. Sin duda mereces hacerlo.

Como si fueran esas palabras las que lo provocaran, una intensa luz tan blanca como las lonas de la tienda, lo envolvieron todo a su alrededor y Lomé cerró los ojos con fuerza.

Cuando volvió a abrirlos, el lugar donde se encontraba le era extrañamente familiar y en un principio le pareció estar soñando. Pero el poder que los rayos solares emitían sobre su piel, y el calor que la arena proyectaba en la palma de sus desnudos pies le indicaban que aquello era real.

Frente a sus ojos se extendía hasta donde la vista no alcanzaba, un mar de aguas tan brillantes como azules que desprendía una grata humedad que alcanzaba el rostro de un sorprendido Lomé.

Lomé se acercó lo suficiente a la orilla para que la marea llegara hasta él, haciendo que las aguas besaran sus tobillos invitándole a entrar en él.

- ¡Lomé!, ¡Lomé!

Los gritos que anunciaban su nombre agitaron el corazón de Lomé, que giró la cabeza con brusquedad hacia el lugar de donde parecía provenir la voz.

Saidú corría emocionado hacia él con el rostro empapado por las lágrimas que sin duda la alegría hacía aflorar.

Ambos corrieron y se encontraron en un fraternal y vigoroso abrazo que hizo que ambos cayeran riendo sobre el agua.

- ¡Es tu mar!, ¡Es tu mar!, ¡Es el mar de Lomé! – gritaba emocionado Saidú
- Es de los dos, es nuestro mar – corrigió Lomé con el rostro cubierto de arena, agua marina y lágrimas.

- Es nuestro premio amigo. Podemos vivir para siempre en este mar – concluyó Saidú.

Lomé no supo contestar con palabras y se limitó a asentir con la cabeza.

Bajo un bello cielo azul y con la sinfonía de las olas rompiendo sobre la arena de la playa, los reencontrados amigos se introdujeron en el mar hasta que el agua medio sus cinturas y comenzaron a jugar recuperando la niñez que anteriormente les había sido arrebatada, y que finalmente recuperaban en el mar que impreso en una fotografía había sido su única ilusión.

El mar de Lomé.

El mar de Lomé, y Saidú.

(ERNESTO TUBÍA LANDERAS)